

XL PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

**Ana Muela Pareja**

**LA LLUVIA  
INGLESA**

*f)L* Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XL Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Susana Martín Gijón, Mercedes Leal, Acacia Ruiz, Miguel Lama, Pilar Alcántara, Juan Ramón Santos, Raúl Quirós Molina e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: noviembre, 2021

© Ana Pareja Muela, 2021  
© Fundación José Manuel Lara, 2021  
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia  
Maquetación y diseño: Manuel Rosal  
Ilustración de cubierta: Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1783-2021  
ISBN: 978-84-17453-82-4

Printed in Spain–Impreso en España

*Para Bárbara,  
que acaba de llegar  
y ya lo llena todo.*



## UNO

1

Vine a Cambridge para ver morir a mi padre. Me llamaron un jueves por la noche. Estaba recogiendo los platos de la cena y tenía sueño. ¿*Miss Anaya?*, preguntó una voz de mujer con un marcado acento británico. Estuve a punto de colgar, pero la voz de mujer insistió con rapidez, ¿*miss Leona Anaya?*, y en un español impecable me comunicó que había tardado tres días en localizarme, pidiéndome disculpas por llamar a unas horas tan inoportunas. También me informó de que mi padre había sufrido un ictus. Debía darme prisa en viajar a verlo porque su vida pendía de un hilo y en cuestión de horas podía dejar de respirar. Colgué el teléfono después de haber prometido a la voz que cogería el primer avión que saliera con destino a Inglaterra. Mi padre, me había dicho, estaba paralizado e inconsciente; en ese estado no podía hacerme daño y, además, por entonces yo ni tenía trabajo ni cobraba el subsidio. No tenía nada que perder. Los recuerdos de mi infancia me asaltaron con tal violencia que me despejé por completo.

Recordé con nitidez la última vez que había visto a mi padre; fue en el entierro de mi hermano, dieciocho años

atrás. Aquel día llovía, siempre llueve en los entierros. Unos meses después alguien me dijo que había vendido la casa, nuestra casa, y había emigrado a Inglaterra donde seguía ejerciendo el mismo oficio por el doble de salario. No volví a tener noticias suyas y procuré no pensar en él. Me mudé de ciudad, me casé y tuve varios empleos, pero nunca intenté localizarlo. Él tampoco se puso en contacto conmigo. Mientras terminaba de fregar los platos de la cena, deseé con todas mis fuerzas estar junto a él en el momento de su muerte.

No tenía un vestido negro, ni una camisa negra, ni unos pantalones negros, ni siquiera un abrigo negro. Quizá podría comprar una camiseta en el aeropuerto. Quizá los ingleses no guardan el luto como nosotros. O son menos rigurosos. Metí toda mi ropa en una maleta marrón, siempre tuve pocas prendas. Hasta entonces no me había preocupado por su color; tenía una camisa azul, una blanca, dos rosas y una de cuadros. Ninguna negra.

No fue fácil encontrar un billete de avión con tan poca antelación. Todo el mundo parecía querer viajar a Londres en aquellas fechas. Mi padre se muere, le dije a la chica del mostrador de la compañía aérea, temo no llegar a tiempo. La chica me encontró una plaza en un avión nocturno que iba repleto de ejecutivos somnolientos. Tardé más de veinte horas en llegar al hospital. No pude dormir en toda la noche, me preocupaba que mi padre muriera antes de que consiguiera llegar a su lado. En el aeropuerto de Londres tuve que coger un tren que tardó casi una hora en llegar a Cambridge, y después, en la estación central, un autobús verde hasta el hospital. Subí andando los seis pisos hasta la planta donde estaba ingresado; quería estirar el tiempo, disfrutar del momento. En recepción me habían dicho que seguía con vida, ya no tenía prisa por llegar.

Me recibió el médico que lo atendía, un pelirrojo con la cara llena de pecas. Calculé que tendría mi edad. John Fox, MD, podía leerse en el bolsillo de la bata. Hablaba un inglés musical muy fácil de entender. También sabía un poco de español; había veraneado varios años en Calpe. Intentó tranquilizarme con frases vacías. Su padre no sufre, está tranquilo y se ha estabilizado, sigue paralizado, aunque reacciona ante algunos sonidos. Me dijo que ahora era cuestión de días. No había esperanza.

Entré en la habitación de puntillas. Mi padre ocupaba la única cama de un cuarto pequeño pero luminoso. Una mesita de noche blanca y una silla de madera completaban el mobiliario. Todo estaba limpio y brillante. Distinguí a contraluz su perfil de pájaro; estaba más viejo y más delgado, pero reconocí sin ninguna duda al hombre áspero y violento al que llevaba casi dos décadas sin ver y que era mi padre. Me acerqué a la cama y pegué mi cara a la suya. Padre, soy yo, he venido a verte morir. La pupila se le dilató y una nube de terror recorrió sus ojos. Entonces supe que estaba consciente y que el viaje había merecido la pena.

2

Me he instalado en la casa de mi padre. Cuando entré me quedé turbada; reconocí al instante su olor, que lo impregnaba todo: los muebles, las cortinas, las camas, el aire, el suelo y las paredes. Es un olor intenso, a ropa sucia, tabaco y aliento rancio, que me transporta a mi infancia en el pueblo. Abro las ventanas y enciendo todas las luces. Recorro la casa con una mezcla de temor y satisfacción, en pocos días será mía. Es una casa pequeña, en las afueras, lejos del centro. Tiene dos pisos y un pequeño jardín en la parte de atrás. Calculo que no tendrá más de noventa metros. Aun así, es

una casa en propiedad en una ciudad cara, cuando la venda podré vivir de las rentas durante algunos años, o quizá me compre un piso en España. Ya lo decidiré, depende del dinero que consiga al venderla.

La primera noche duermo con las ventanas abiertas a pesar de que la temperatura exterior debe de ser de unos cinco grados. Por la mañana la casa sigue apestando y hace un frío del demonio. Cierro las ventanas y recorro la casa buscando una rata muerta. O quizá un perro. No los encuentro. Cojo una bolsa negra muy grande y empiezo a llenarla de basura. Vacío la nevera, la despensa, las alacenas de la cocina. En todas las habitaciones hay comida podrida. En todas las habitaciones hay ropa sucia esparcida por el piso. Mi madre recogía la ropa de mi padre según se la quitaba y la arrojaba al suelo. La tiraba aunque ella estuviera a su lado, le gustaba verla humillarse delante de él. Nunca protestó, mi madre. Se fue como había vivido, sin hacer ruido. Una mañana no se despertó a su hora. Mi padre gritaba llamándola holgazana. Mi hermano dijo que a lo mejor estaba muerta. Eso dijo: a lo mejor está muerta. Sucedió dos años antes de que muriera Mateo. Durante ese tiempo intenté protegerlo de la violencia de mi padre, sin éxito. Entonces me tocó a mí recoger sus prendas sucias, sus calcetines, sus camisetas blancas de tirantes, sus pantalones, sus calzoncillos manchados. No sé qué habrá hecho mi padre durante estos dieciocho años, pero, a juzgar por el olor, se debía poner una y otra vez la ropa sucia que recogía del suelo. Meto en la bolsa negra todas las prendas que puedo. Amontono el resto en el dormitorio de mi padre. Tengo que comprar con urgencia bolsas de basura.

He limpiado el baño con lejía. He usado una botella entera. Estoy un poco mareada. Ha sido un asco. Al fregar el váter he tenido arcadas, menos mal que no había desayunado.



Me irrita quitar la mierda de mi padre, pero no me queda otro remedio; si voy a estar aquí unos días necesito que el baño esté limpio. He puesto una lavadora con las toallas. Hay tanta humedad en el ambiente que no creo que se sequen hasta mañana, pero por lo menos están limpias y huelen bien. Pongo mis útiles de aseo en el estante del lavabo; se trata de colonizar poco a poco el espacio, de ir haciendo mía la casa. Cuando termino ya no huele a inmundicia. El olor a lejía se disipa rápido.

De camino al hospital compro bolsas de basura. El horario de visitas es muy estricto, de diez y media a once, pero conmigo hacen la vista gorda. Me he quedado hasta la una. Nuestra casa era grande y soleada, le digo a mi padre, y era mía también, no tenías derecho a venderla. Cuando entran el médico y la enfermera cambio de tema y le hablo a mi padre del pueblo; ¿te acuerdas de la fuente?, le pregunto, me dijeron que se secó hace dos veranos. Al quedarnos solos le cuento otras anécdotas de mi infancia. Cuando era niña tenía tanto miedo, le digo, que me orinaba todas las noches en la cama. Al amanecer, en cuanto mi hermano se levantaba para ir al cuarto de baño, cambiaba mis sábanas por las suyas antes de que os levantarais madre o tú. Como dormíamos en la misma habitación lo hacía rápido y no se daba cuenta. Le regañabais todas las mañanas y le obligabais a lavarlas a mano con agua fría. Un invierno le salieron sabañones. Él nunca protestó. Era idiota, mi hermano.

Mi padre no puede hablar ni moverse, solo contrae y expande la pupila, por eso sé que me oye e intuyo lo que piensa. Le enseño las bolsas de basura. Voy a tirar todas tus cosas, le digo. Me voy de la habitación sin despedirme. Estoy deseando llegar a la casa y limpiarla de arriba abajo. Al entrar me doy cuenta de que tengo mucho trabajo por hacer. Empiezo por la cocina.